

MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS.

COSTUMBRES. Las manifestaciones de duelo en los diversos pueblos de la tierra.—Artículo de R. S. Dufey, publicado en el Répertoire de connaissances usuelles.

El culto de los muertos es en todas partes la expresión fiel de las costumbres privadas, políticas i religiosas. Los indicios del duelo, sea público, sea doméstico, siguen las fases progresivas, retrógradas o estacionarias de la civilización. Los judíos, que más que cualquiera otra nación han permanecido fieles a las tradiciones antiguas, solo han modificado los usos funerarios de sus antepasados en fuerza de las exigencias de los lugares, de los tiempos i de los climas.

La ley santa les ha prohibido el tributo de sangre; pero, como algunos orientales, desgarran sus vestiduras en los tiempos de duelo i de aflicción. Esta demostración de dolor variaba según las circunstancias; pero atribuían una grande importancia a la observancia rigurosa de las leyes impuestas. La desgarradura debía operarse ya de arriba abajo, ya de abajo arriba; en los grandes duelos, no debía volver a coserse; pero, en los duelos ordinarios, podía serlo al fin de 30 días. Por esto dijo Salomón: «Hai un tiempo para rasgar i un tiempo para volver a coser.» El gran sacerdote no llevaba nunca luto; lo que era también uno de los privilegios del canciller de Francia.

Los egipcios se rapaban las cejas por los duelos de padre i madre. Heródoto afirma que el duelo de un perro era más solemne. En este caso era necesario cortarse hasta las pestañas. Las leyes de Licurgo prohibían que se inscribiera el nombre del difunto sobre la tumba, a menos que no hubiera muerto por la patria. La misma excepción reja para las mujeres consagradas al culto.

La esposa i la madre que hubieran llevado luto por su hijo muerto en el campo de batalla, se habrían deshonrado. «Después de la batalla de Leuctres, dice Pentarco, los padres de los que perecieron en el combate, se felicitaban, se abrazaban públicamente; los padres de los que sobrevivieron al combate, se mantuvieron ocultos en sus casas, en señal de duelo.»

A la noticia de una victoria obtenida sobre los atenienses, los espartanos, que llevaban los cabellos muy cortos, los dejaron crecer para manifestar su alegría. Los atenienses pensaban que no era posible obtener que los dioses infernales fueran propicios sino mediante una ofrenda de sangre, i hasta las mismas mujeres se arañaban el rostro con un piadoso fervor. Solon no permitió esta demostracion de duelo, en la ceremonia de los funerales, sino a aquellos que no eran parientes del difunto; era el mejor medio de reformar un uso bárbaro sin herir las preocupaciones religiosas.

Los atenienses de luto dejaban crecer sus cabellos; las mujeres hacian el sacrificio de sus cabelleras.

En Atenas, como en Esparta, la opinion anatematizaba la falta de valor, i honraba a los bravos muertos en el campo de batalla. Un ejército ateniense fué pasado a cuchillo en Ejeria; las mujeres se echaron desesperadas contra el soldado que vino a anunciar ese funesto acontecimiento, i lo mataron con los grandes alfileres que adornaban sus cabelleras. Un decreto del senado prohibió que las mujeres llevasen en adelante alfileres i que conservasen sus cabelleras.

Los térios no llevaban luto por los niños muertos ántes de siete años, ni por los hombres muertos despues de cincuenta, porque los primeros no habian vivido bastante, i porque los segundos habian alcanzado al término ordinario de la vida. Una lei de los licias obligaba a los que querian llevar luto a vestirse de mujer. Este pueblo miraba la afixion como una debilidad que no podia permitirse mas que a las mujeres.

Los sirios se encerraban durante muchos dias en antros o en otros lugares retirados i desiertos, para llorar ahí a los muertos sin que nadie los interrumpiera.

Los persas, a la muerte de su jeneral Masistius, cortaron la crin de sus caballos. Alejandro ordenó el mismo indicio de duelo a la muerte de Efestion.

En Roma, las leyes de Numa, que habian fijado en diez meses la duracion máxima del luto, rijieron largo tiempo sin recibir modificacion. Ellos no lo permitian por los niños muertos ántes de edad de tres años, i se prohibia igualmente por los condenados a la pena capital. Esta exepcion fué ordenada por una lei de Tiberio.

Los padres daban un último beso al hijo que espiraba: *Filium, dice Séneca en su epístola a Helvia, in manibus et in oculis tuis mortuum funeraveras*. Muchos autores latinos han descrito todas las circunstancias del duelo doméstico entre los romanos.

Una lei de las Doce Tablas prohibia que las mujeres se arañaran el rostro i se entregaran a un dolor demasiado bullicioso; pero no fué observada. La antigua costumbre prevaleció ante la lei, i Varron indica la verdadera causa.

La costumbre de arañarse el rostro hasta la efusion de sangre tenia su oríjen en las creencias religiosas: en efecto, no habia, segun la opinion admitida, otro medio de aplacar a los dioses infernales.

Los romanos no incribian en las tumbas mas que el nombre de los muertos, con estas palabras: *ave, salve*. El duelo público no fué nunca ordenado por la autoridad en tiempo de la República; era completamente voluntario. Así, cuando el ejército pasó por las Horcas Caudinas, se cerraron todas las tiendas, todos los lugares de reunion, se suspendieron los tribunales i los ejercicios militares, el foro quedó desierto, i desaparecieron los laticlavios, los vestidos de púrpura i los anillos de oro.

Las damas romanas tomaron tambien espontáneamente el luto en honor de Agrícola i Bruto; renunciaron durante un año a los aderezos de oro i de púrpura. Cuando la conjuracion de Catilina puso en peligro la vida de Ciceron, el senado dejó de llevar la toga, los pretores i los ediles renunciaron a sus trajes de ceremonia, i sólo los cónsules conservaron las insignias de su dignidad.

Una gran parte del pueblo romano se vistió de luto cuando la prision de Manlio, i algunos ciudadanos de todas las tribus dejaron crecer su barbas i su cabellos.

Podríamos citar otros ejemplos de duelo público en Roma, i en tanto que existió la República, estas demostraciones solennes de afixion personal fueron espontáneas. Pero en tiempo del imperio no hubo duelo público sino *por orden*; el primero tuvo lugar despues de la muerte de Augusto; se impuso a los hombres por algunos dias solamente, a las mujeres por un año entero; mas en los años posteriores, creciendo la adulacion, el senado ordenó un duelo de un año a las damas romanas, con motivo de la muerte de Livia. Tiberio prescribió tambien un duelo público despues de la muerte de Druso, i Calígula despues de la de Drusila.

Festus indica cuatro casos principales en que el duelo de familia cesaba ántes del término legal: 1.º por el nacimiento de los hijos; 2.º cuando la familia adquiria un timbre de honor por la promocion de alguno de sus miembros a una funcion elevada, o por un testimonio de la gratitud pública; 3.º cuando el padre, el hijo, el esposo o hermano prisionero de guerra, recobraba su libertad; 4.º

por el matrimonio de una jóven con un pariente mas cercano que el difunto.

El duelo consistia para los hombres en abstenerse de asistir a los banquetes o llevar ricos vestidos; para las mujeres en sustituir a los aderezos i púrpura un traje negro. El duelo de las madres que habian perdido un hijo era jeneralmente azul celeste. La antigua sencillez de las costumbres que habia heeho tan gloriosa i poderosa a Roma, no era mas que un recuerdo, cuando el gastrónomo Crassus, segun dice Macrobie, se presentó en el senado llevando luto por una lamprea, la notabilidad mas gorda de su estanco. El edicto del pretor infamaba a las viudas que contraian nuevo matrimonio ántes del fin del luto.

Pero un permiso del emperador lejitimaba estas uniones prematuras, i el tiempo del luto para las viudas cuyos esposos habian muerto léjos de ellas, corria desde el dia del fallecimiento: no estaban obligadas a llevarlo sino cuando recibian la noticia cierta de su muerte, i si, por razon de las distancias u otras causas, no llegaba la noticia sino despues de haber espirado el tiempo prescrito para el duelo, no estaban obligadas a llevarlo sino el dia en que esa prueba quedaba plenamente confirmada.

Las viudas indiferentes o coquetas podian así limitar a voluntad i segun su conveniencia, la duracion del duelo i todas sus consecuencias. Es cierto que, desde el siglo segundo, el luto que llevaban los emperadores era negro. En esta época, Adriano lo llevó así a la muerte de la emperatriz Plotina.

Los galos afectaban una impassibilidad estoica en la desgracia; no lloraban a los muertos i solo pensaban en vengarlos. Las mujeres, que seguian por todas partes a sus esposos i a sus hijos, aun en los combates, tomaban sus armas cuando habian sucumbido i se lanzaban sobre el enemigo. En las Galias, como en algunas naciones salvajes del Asia, Africa i América, las viudas eran quemadas con el cuerpo del marido, o enterradas con él; este uso, subsistente en pueblos separados por un espacio inmenso de tiempo i lugar, se fundaba en el principio religioso de otra vida: se queria que los muertos encontrasen en esa otra vida los objetos de sus mas caras afecciones. Esta bárbara preocupacion no cedió mas que a la influencia del cristianismo.

En el duelo de Juan II, rei de Portugal, muerto en 1495, toda la corte se vistió de sayal, i se prohibió a todos los habitantes de Lisboa que se afeitasen la barba durante seis meses. El uso de los trajes de sayal i de color blanco para los duelos de corte fué igual-

mente adoptado en España, i no cesó en uno i otro país sino al fin del siglo XV. Ya algunos años ántes habia quedado abolida en España la costumbre de las planideras, pues en el testamento del Cid encontramos esta cláusula:

«Item declaro que en mis funerales no se paguen planideras o lloradoras; para lágrimas, me bastan las que mi Jimena derrame por mi muerte.»

En la muerte de un grande de Guinea, su hijo se desterraba ordinariamente durante un año de la casa del difunto, i no llevaba otro traje que un tejido hecho en petate.

En Corea, el luto por un padre dura tres años; sus hijos no pueden aceptar, durante ese tiempo, ningun empleo público, i los que ejercian alguno tienen que renunciarlo. Las insignias del luto son un silicio, un largo vestido de cáñamo i un cordel, a guisa de crespón, al rededor del sombrero.

Los japones celebran una gran fiesta en la tumba de sus padres i los invitan a un festin que dura tres noches. Entre los esquimales, las madres no lloran a sus hijos mas que veinte dias. Pasado este tiempo, los vecinos envían un regalo al padre, quien contesta a esa cortesía con un festin. Los indios de la América del Norte tienen cuidado de hacer desaparecer todo lo que ha servido a los difuntos i se abstienen de pronunciar su nombre. Un marido no manifiesta la menor señal de aflixion por la muerte de su mujer, «porque las lágrimas no convienen a los hombres.» El luto, en algunas tribus del norte de Africa, es sencillo i de corta duracion; no se enciende fuego en la casa del muerto durante ocho dias, las mujeres se cubren con un velo negro durante una semana, i los hombres permanecen un mes sin afeitarse.

En la antigua Albania era un crímen, segun Strabon, tomar cuidado por los muertos i aun hablar de ellos.

El luto en algunas naciones ha tenido sus bailes, como el nacimiento i el matrimonio; però no se encuentra ejemplo de ello mas que en la historia de las primeras edades, i en algunos pueblos bárbaros de las grandes Indias. Los atributos del luto han debido variar con la forma de los vestidos i el arreglo de los cabellos. Los antiguos galos, los sicombrios, los suevos, que en los tiempos ordinarios se rapaban al rededor de la cabeza, i anudaban sus cabellos en la frente, los dejaban esparcidos i flotantes en los tiempos de aflixion i duelo.

El color del luto en Francia era violeta para el rei, i blanco para la reina. Sin embargo, a la muerte de Carlos VIII, su primer

esposo, la reina Ana de Bretaña llevó luto negro, i a la muerte de esta princesa, Luis XII, su segundo marido, lo llevó tambien negro. La etiqueta ha complicado despues los diferentes duelos, segun el rango i grado de parentesco.

Los militares llevaban i llevan aun un crespon en el brazo i en la espada, cuyo puño era entónces bronceado. Algunas familias nobles han conservado la antigua costumbre de cubrir con cortinajes negros los departamentos i los muebles. Por el duelo de un esposo o de un padre, el primero i segundo cuarto se tapizaban de negro; el salon i dormitorio de color plomizo; los espejos, cuadros, muebles, lámparas, quedaban tambien tapados durante algun tiempo. El último signo de luto que desaparecia era el de las sillas i de los cortinajes.

La duracion del duelo es variable. En Francia es de un año i seis semanas por un marido; de seis meses por un padre o una madre; de seis meses por una esposa; de cuatro meses i medio por el abuelo o abuela; de dos meses por una hermana o hermano; de tres semanas por un tio o tia, i de quince dias por un primo hermano.

La historia contemporánea ofrece muchos ejemplos de duelos públicos: 1.º El de Benjamin Franklin, muerto el 17 de abril de 1790. Todos los Estados de la Union Americana vistieron luto durante dos meses. El 11 de junio, Mirabeau improvisó su elojio fúnebre en la tribuna de la Asamblea constituyente, i, a indicacion suya, esta Asamblea vistió luto durante tres dias. 2.º El de Mirabeau; la misma Asamblea asistió en cuerpo a sus funerales.

El convoi se componia de todos los funcionarios de la capital i de todos los batallones de la guardia nacional; su elojio fúnebre fué pronunciado, a nombre de la nacion, por el abate Fauchet, en la iglesia de San Eustaquio, al mismo tiempo que se celebraban fiestas fúnebres en casi todas las ciudades de Francia. Una lei erigió en *Panteon* la iglesia de Santa Jenoveva, con este lema propuesto por M. de Pastoret: *A los grandes hombres, la patria reconocida*. Mirabeau fué el primero que tuvo los honores del Panteon. 3.º El de Washington, muerto el 14 de diciembre de 1799. Los Estados de la Union le decretaron los mismos honores que a Benjamin Franklin, i el gobierno frances tomó igualmente el luto.

Se ordenó una ceremonia fúnebre, encomendándose a Fontanes el discurso del ilustre americano.

El color del luto en Europa es el negro, con excepcion de los reyes i cardenales; en Turquía, el azul i violeta; en Ejipto, el de

hoja marchita; en Etiopía, plomo o gris; i en el Japon, blanco.

Tales han sido, al traves de los siglos, las diversas manifestaciones con que los hombres han acostumbrado honrar la memoria de los que fueron. Creemos que estas reminiscencias históricas no carecen de interés actualmente.

LA LECTURA DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES.—Artículo de don Zorobabel Rodriguez con motivo del opúsculo publicado en Santiago en 1877 con el título de Aniversario CCLXII de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

Querido amigo:

¡En duro aprieto me ha puesto Ud. con su empeño de que escriba para el aniversario de la muerte de Cervantes, un artículo que, de cerca o de lejos, se relacione con la vida o las obras del inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo*! Recia cosa es, efectivamente, amigo mio, para quien como yo, mas por obligacion que de grado, pasa la vida en este oficio del periodismo, *donde toda incomodidad tiene su asiento i donde todo triste ruido hace su habitacion*; donde toda flor de estilo se marchita i donde halla tumba abierta toda imaginacion triscadora, verse obligado a abrir un paréntesis a deshora, para solazarse en él, sabrosamente platicando, de cerca o de lejos, con quien de seguro, si resucitara, no trataria mejor las efímeras hojas que borreamos dia a dia, de lo que fueron por el cura i por el barbero su compadre *Las Sergas de Espladian*, *don Florismarte de Hircania* i casi todos los demas libros becerros que formaba la librería del señor don Quijote.

No recuerdo quién ha escrito que a haber vivido San Pablo en este siglo, habria sido diarista. Yo lo creo; pero muchos preguntarán: A haber sido diarista San Pablo, ¿lo tendríamos hoy sobre los altares? Sin duda, i mas alto talvez, digo yo. Otros dirán: imposible!—segun la idea que se tienen formada de la santidad i de los santos. Se imaginan que los santos todos han de haber sido hombres de esos que hoy llamamos buenazos, incapaces de mirar a nadie a los ojos, siempre con el paso corto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, con los brazos cruzados, hablando pasitos, encontrando razon a todo el mundo i siendo por todos en retorno tenidos, acatados i alabados por santos. ¡Válgame Dios! ¡qué errados que van los que así piensan! ¡I cuán poca correspondencia